

Cuando nos vimos obligados á pernoctar en las estepas africanas, la víbora cornuda nos molestó á menudo en extremo; más de una vez esperamos con una tenaza en la mano horas enteras para coger en seguida el reptil y echarlo al fuego. Effeld cogió en los contornos de Berlín la víbora común, y en Iliria la víbora de arena, valiéndose del mismo medio, es decir, encendiendo fuego para atraer á sus favoritos ó cazando con una linterna en la mano. También él encontró entonces muchas víboras delante de sus guaridas en sitios en que inútilmente las había buscado de día. Todos los aficionados que han tenido en cautividad serpientes venenosas, han podido observar que si no exclusivamente, á lo menos como regla general, solo comen de noche, y sobre todo que solo en la oscuridad se manifiestan activas.

Exceptuando solo el acrocórdido de Java, en cuyo estómago se han encontrado frutas sin digerir, todas las serpientes cuyo género de vida se conoce, aliméntanse con preferencia de otros animales, con tal que ellas mismas los hayan cogido y muerto. El modo de obtener su alimento diario es muy distinto, según puede observarse con facilidad cuando se tiene toda clase de serpientes cautivas en gran número. Las más de ellas acechan la presa que pasa cerca de su escondite, precipítanse de repente sobre ella y la dan el mordisco mortal ó la cogen y devoran al punto después de ahogarla. Carecemos aun de observaciones que nos den á conocer bien de qué modo cazan las serpientes venenosas, pues las más de estos reptiles solo son activos de noche, por lo cual los vemos siempre en reposo durante el día. Sin duda por esta razón la pereza de los ofidios venenosos, comparada con la agilidad de las especies no venenosas, que en su mayor parte son serpientes diurnas, nos parece mucho más grande de lo que es en realidad; lo cual no quiere decir, sin embargo, que la serpiente venenosa no pueda competir en rapidez y agilidad con la no venenosa. Aquella no necesita desplegar tanta fuerza como esta; sus armas son tan terribles, que casi basta ya el solo contacto con la víctima; y efectivamente, una herida que apenas tenga 0",001 de profundidad, producida por los dientes del veneno, basta para apoderarse de la presa; mientras que la no venenosa se ve obligada mucho más á menudo á seguirla, y aun cuando la alcance debe hacer esfuerzos para sujetarla. En cambio, le es ventajosa su estructura prolongada, la longitud considerable del cuerpo, relativamente á sus congéneres venenosos, y la agilidad consiguiente.

Cuando se cuidan varias especies de un modo conveniente, proporcionándolas sobre todo el calor necesario, condúcese probablemente del mismo modo que en libertad. No les gusta pasearse en vano; prefieren permanecer en el mismo sitio. Algunas están horas enteras más ó menos inmóviles sobre la arena ó entre las piedras que les ofrecen escondites convenientes, y hasta en el agua; otras descansan enroscadas, más bien pendientes del ramaje que tendidas en él, y todas parecen estar con comodidad mientras no se las estorba, demostrando la mayor indiferencia á todo lo que las rodea. El guardian echa el alimento desde arriba á todos sus prisioneros, según la especie y las necesidades de estos; en esta jaula una carga de peces; en aquella cierto número de ellos; en las ocupadas por pitónidos y grandes serpientes venenosas, un conejo vivo, una paloma ú otro vertebrado de sangre caliente. Las especies venenosas dejan pasar á veces muchas horas sin hacer caso de la víctima ofrecida; cuando más, se inflan, irritadas visiblemente contra el intruso que las estorba en su tranquilidad; mueven algunas veces la lengua, levantan la cabeza con ademán amenazador y vuelven á tomar su posición anterior. Los pitónidos y culebrinos, en cambio, no pierden momento cuando tienen un poco de

hambre, sino que empiezan en seguida á perseguir la presa que llega á su alcance: los unos se precipitan con todas sus fuerzas y lo más de prisa posible sobre su víctima; los otros se acercan á ella cautelosa y lentamente según todas las reglas de un experto cazador. Antes de que la rana echada á la jaula se haya hecho cargo de la sociedad en que se halla, una ágil culebra la coge por una de sus extremidades posteriores, y la víctima hace vanos esfuerzos con las otras para escapar de su enemiga; lentamente y con seguridad penetra más y más en el esófago de la culebra, moviendo de un modo lastimero sus piés anteriores cual si quisiera despedirse de la vida. La misma suerte sufren el conejo, la paloma ó la gallina que se dan á un pitónido, solo que este lo ahoga antes, de la manera que después indicaremos. Durante la noche muere también por lo regular la víctima ofrecida á una serpiente venenosa, pero á menudo se observa que esto sucede sin que el ofidio la haya tocado. Puede suponerse que el maligno reptil ocasiona la muerte del animal enfureciéndose por haberle estorbado.

Es curioso que todas las serpientes sepan muy bien cómo deben proceder con su presa. Devoran vivos los peces y ranas; mientras que ahogan antes á los lagartos, mamíferos y aves; y hasta que la serpiente reconoce que han muerto no abre sus anillos para devorar á su víctima del modo acostumbrado.

A pesar de que se comprenderá muy bien por lo dicho que las serpientes devoran su presa entera, debo añadir, sin embargo, que ningún ofidio puede despedazar un animal grande ó separar de él un bocado. No sin avergonzarme del estado en que se halla la instrucción en cuanto á ciencias naturales, leí hace mucho tiempo en importantes periódicos alemanes una historia horripilante, inventada sin duda por un yankee cualquiera, en la cual se contaba que unas serpientes norteamericanas, sin arredrarse á la vista de un jinete, que por fortuna se salvó, precipitáronse sobre un caballo y le arrancaron la carne á pedazos, hasta que sus dolorosos relinchos se transformaron en quejas y succumbió. La historia se propagó sin hallar oposición, publicándose también en periódicos que por otros conceptos tienen un juicio muy sano. Cualquier niño de escuela que hubiese aprendido los rudimentos de la zoología, debía saber, y probablemente sabría, que todo el cuento, desde el principio hasta el fin, era una falsedad, por que el hecho no cabía en lo posible.

Según la especie y el tamaño de las serpientes, la presa que persiguen es muy diferente. Los gigantes del orden pueden devorar, según se dice, animales hasta del tamaño de un corzo; los demás se contentan con seres de menor tamaño, sobre todo roedores, aves pequeñas, reptiles de toda clase (excepto quizás las tortugas) y peces; mientras que los animales más pequeños solo tienen enemigos en los escolecofidios y calamarias, y quizás en los individuos jóvenes de varias especies, que cuando llegan á ser adultos persiguen á los vertebrados. Nuestras observaciones sobre el alimento son aun muy escasas y defectuosas; pero podemos pretender que cada especie de serpiente prefiere poco más ó menos cierta clase de animales. «Todas las culebras acuáticas», me escribe Effeldt, fundándose en observaciones de muchos años, como por ejemplo la culebra común, la de dados, la viperina y la americana, solo comen peces y ranas, y entre las últimas exclusivamente la especie parda, al paso que retroceden cuando se les ofrece la rana verde acuática, la cual sueltan aunque tengan mucha hambre, después de cogerla. La coronela lisa solo come lagartos grises; la verde amarilla y la de cola aquilada, lagartos de esmeralda; el tartofis vivaz, lagartos grises, ágiles y de los muros; la culebra de Esculapio, la de cuatro líneas, el periops de herradura, el elafis de cuatro fajas y la

culebra de Argelia común, animales de sangre caliente, ratones y pájaros; el corifodon solo se nutre de ratones. Estos últimos son perseguidos por todas las serpientes venenosas que observé, por ejemplo la víbora común, la de arena, la cornuda, el áspid y otras; tenemos una excepción, sin embargo, en el trigonocéfalos piscívoro, cuyo alimento regular son peces, pero que come también ratas y hasta serpientes, incluso las venenosas, no despreciando por otro lado los ratones y los pájaros.»

Es muy probable que vierámos lo mismo en las serpientes exóticas, si se las observase con igual detención que á las europeas. Plinio sabía ya que algunas serpientes comen huevos de pájaro, y nos dice de qué modo lo hacen. «Las serpientes, escribe, engordan con huevos; es preciso admirar cómo proceden; los devoran enteros si solo caben en la boca, rompiéndolos después en el vientre con movimientos del cuerpo; si la serpiente es aun demasiado pequeña, rodea el huevo con su cuerpo, estrechándolo poco á poco con tal fuerza, que corta una parte como con un cuchillo, y mientras sujeta el resto, se bebe el contenido. En el primer caso arrojan la cáscara, lo mismo que las plumas de las aves devoradas enteras, y esto les cuesta mucho trabajo.» Excepto lo de cortar los huevos y arrojar la cáscara, todos los detalles de ese naturalista se han confirmado por las observaciones modernas; estas últimas no dejan duda de que las serpientes roban en efecto huevos, se los llevan, los devoran, los rompen en el interior de su cuerpo y los digieren. Además de los vertebrados comen invertebrados y quizás algunas especies de moluscos y crustáceos, y es posible que hagan lo mismo las especies que por lo regular persiguen presas grandes. Se ha visto que comían al parecer con verdadero gusto larvas de hormigas, y también se encontraron grillos en los estómagos de algunos de esos reptiles.

La creencia en lo milagroso y sobrenatural ha dado origen á una opinión extraña que aun hoy predomina en el espíritu de muchos. Hasta estos últimos tiempos algunos naturalistas no han vacilado en pronunciar las palabras «fuerza mágica de las serpientes», refiriéndose á la manera de coger estos reptiles su alimento. Se ha observado que muchos animales, por ejemplo ratones y pájaros, se acercaban á las serpientes, que después los devoraban, y también se han visto que algunas aves, poseídas de espanto, revoloteaban al rededor de serpientes que amenazaban á su cría, ó á ellas mismas, hasta que el reptil las atrapaba. Como el instinto que advierte al animal todos los peligros que le amenazan no se ha demostrado en semejantes casos, tanto tratándose del ave como del ratón, se ha supuesto que la existencia de una fuerza sobrenatural podía explicar el hecho. Si quisiéramos dar crédito al sinnúmero de relatos que sobre la fuerza mágica de las serpientes nos han hecho varios viajeros, nos veríamos obligados á considerar exacta la opinión emitida por ellos; mas apenas hayamos reflexionado que si bien las observaciones pueden ser fieles, es posible sean falsas las consecuencias deducidas, nos veremos obligados á rechazar en un todo opinión semejante. Según mis averiguaciones, una infinidad de veces repetidas, la cosa se explica sencillamente por el hecho de que los animales encantados, según el parecer de aquellos viajeros, no reconocen en la serpiente al terrible carnicero que les amenaza. Lichtenstein refiere que en uno de sus viajes por el sur de Africa observó una serpiente que cazaba un gran ratón. «El pobre animalito, alcanzado muy cerca de su agujero, se detuvo entonces súbitamente como paralizado por el temor sin que la serpiente le tocara; esta había levantado el cuello y abierto la boca, y parecía fijar sus miradas en la víctima. Ninguno de los dos se movió durante

algun tiempo; pero tan luego como el ratón hizo un movimiento para escapar, la cabeza del ofidio le siguió rápidamente cual si quisiera cortar al roedor la retirada; esta maniobra duró unos cuatro minutos hasta que yo me acerqué; la serpiente cogió entonces al punto su presa y escapó con ella á la cercana espesura, sin que yo pudiese darla alcance para matarla. Como había leído tanto acerca de la fuerza mágica de la serpiente sobre los pequeños mamíferos, me fué muy importante ver por mis propios ojos un ejemplo. Sin embargo, no discutiré sobre si el aliento venenoso del reptil paraliza los movimientos del ratón perseguido, ó si el solo aspecto y la seguridad de la muerte inevitable serán la causa de ella.»

El relato de Lichtenstein refleja la época (á principios de nuestro siglo) en que se escribió. Ni el aliento venenoso ni la seguridad de la muerte inevitable, sino sencillamente la curiosidad, indujo al ratón á proceder como lo hizo; de ello pude convencerme con toda certeza por observaciones hechas en mis propios cautivos. Ni el mamífero, ya sea un conejo imprudente ó una rata vieja y cautelosa, ni un ave cualquiera, aunque sea el gorrion receloso y enseñado por muchas persecuciones, saben lo que es una serpiente. Cuando fijan su atención en ella, se acercan con curiosidad, la miran ú olfatean, permiten que el reptil les toque con la lengua, y solo retroceden un poco si este órgano les hace cosquillas en un sitio sensible. Las ratas viejas y robustas que se echan en la jaula de grandes serpientes no solo no demuestran ningún temor, sino que dan á conocer á veces su atrevimiento de un modo inesperado. Una de las que arrojé como alimento á una serpiente de cascabel cautiva no hizo ningún caso del rumor y de los silbidos amenazadores de la serpiente, sino que acosada por el hambre abrió un agujero en el cuerpo del reptil venenoso, que murió á consecuencia de esto. No necesito decir que no se debe pensar en lo del aliento venenoso de ninguna serpiente. Cierto que muchos de estos reptiles, sobre todo los venenosos, no huelen á ámbar ni menos á incienso, sino que despiden, por el contrario, unos olores muy desagradables, en particular cuando han comido; pero debemos considerar de todo punto imposible que puedan atontar á un mamífero. De otro modo, pero con la misma facilidad, se explica el temor observado por dichos viajeros en varias aves cerca del nido, cuando á este se acerca una serpiente. En tales casos aquellos inofensivos seres se valen del disimulo, como todos los observadores saben, para llamar la atención del enemigo, alejándose de la cría; gritan de un modo lastimero, se acercan al parecer aturdidos al enemigo, revolotean y cojean por el suelo cual si tuvieran paralizadas las alas ó las piernas; déjanse caer como muertos desde la altura del ramaje á la yerba etc., engañando de este modo por lo regular á todo enemigo que no sea muy experto, excepto el hombre. Es posible que tales fueran los casos observados por los viajeros, pero también pudiera ser que algún animal que á vista de aquellos se conducía de un modo extraño, estuviera ya cogido por la serpiente sin que nadie lo advirtiera. Así, por ejemplo, Russel observó con asombro que una gallina que había puesto en la jaula de un drifilido hacia súbitamente varios movimientos como si estuviera en la agonía; y al examinar al ave de cerca, reconoció que el reptil había formado con la extremidad de la cola un lazo al rededor del cuello de la gallina, faltando poco para que la ahogara; en este caso, como en todos, lo milagroso cede ante la luz de la ciencia.

Como las serpientes engullen su alimento sin despedazarlo, solo pueden conseguirlo mediante grandes esfuerzos y con gran lentitud. Procuran siempre coger la presa por la cabeza y adelantando primero las mandíbulas de un lado y después

las del otro, se la van introduciendo poco á poco; á consecuencia de la extraordinaria presión destilan copiosamente las glándulas salivales, facilitando de este modo el paso del bocado por la abertura de la boca, que gradualmente se dilata hasta su punto más extremo. Mientras dura el acto de engullir una presa de gran tamaño, aparece la cabeza del ofidio estirada de una manera informe y los huesos del aparato maxilar fuera de su puesto. Sucede á veces que algunas serpientes cogen animales que son demasiado grandes para sus fauces tan dilatables; suelen entonces permanecer largas horas en un mismo sitio con la presa en la boca, procurando engullírsela, si no consiguen separar los dientes y desahirse de la misma sacudiendo fuertemente la cabeza; siendo completamente falso el aserto de algunos autores de que la serpiente no se puede deshacer de la presa que ha cogido y en parte engullido, y de que á veces perece asfixiada en estas circunstancias. Las venenosas solo se apoderan de su víctima despues de muerta, y empiezan á tragársela con mucho cuidado; no hacen entonces uso de sus dientes venenosos, sino que los retiran todo lo posible, haciendo funcionar sobre todo la mandíbula inferior.

El procedimiento de la digestión es muy lento, aunque poderoso, siendo digerida primero aquella porción de la presa que se encuentra en la parte inferior del estómago, y así sucede que un pedazo ya disuelto ha pasado al intestino antes que el resto sea sometido á la operación digestiva. Si la serpiente se ha tragado varios animales consecutivamente, entonces permanecen, segun Lenz, si no son demasiado pequeños, uno tras del otro, y una vez lleno el estómago son detenidos en el esófago hasta que puedan pasar más adelante. Las porciones indigeribles y restos del alimento, como plumas y pelos, salen en parte por la cloaca ó vuelven á salir por la boca, como sucede con las presas de difícil quimificación. También depende la nutrición en gran manera de la temperatura, aumentando en igual proporción que el calor; con todo, no se puede decir que las serpientes sean muy voraces: es cierto que comen de una vez gran cantidad, pero también pasan despues semanas y hasta meses sin tomar alimento alguno.

En muchas historias naturales se dice que las serpientes no beben; y varios experimentos hechos en culebras y víboras cautivas parecían demostrar que se nunca tocan el agua; pero esto no prueba nada, pues repetidas observaciones nos han hecho ver lo contrario. Todas las serpientes beben, las unas chupando á grandes sorbos, con movimientos muy marcados de las mandíbulas; las otras recogiendo con su lengua gotas de agua ó de rocío. Debo dar entero crédito á Effeldt, cuyas facultades de observador práctico reconozco en un todo, en lo que refirió últimamente á Lenz, manifestándole que las serpientes que al beber sumergen la cabeza en el agua no hacen más que lamer esta; pero yo he observado lo contrario en serpientes de cascabel cuidadas por mí: bebían cuando tenían mucha sed, haciendo con sus mandíbulas movimientos como para masticar; sorbian y no lamían. Cuando despues de largos viajes en estrechas cajas se coloca á las serpientes en la jaula, bien construida, examinan esta, acosadas por la sed y el hambre, en todas direcciones, y si al fin descubren el agua la prueban primero con la lengua, y sumergen el hocico hasta los ojos ó más. Entonces beben, y tanto algunas veces, que, segun dice Effeldt con mucha razón, se hinchan de una manera muy marcada. Muchas especies, por último, enferman y mueren cuando carecen de agua, y otras, en cambio, parecen satisfacer su necesidad solo con algunas gotas para muchos días y semanas. Effeldt dió á sus serpientes cautivas agua azucarada, vino y leche, y vió que algunas beben la primera y la segunda,

pero solo cuando no tienen otra cosa, despreciando siempre el vino y el agua muy dulce. Una serpiente de cascabel pequeña que no quiso comer, pero que bebió leche, pereció al cabo de algunos meses.

La muda de la piel, de suma importancia para la vida de las serpientes, es la primera operación á que está sometido el hijuelo apenas salido del huevo, y que repite el adulto varias veces en el curso del año. Empieza la muda separándose la piel fina y de color más claro de los labios. Se forman entonces, segun Lenz, dos especies de solapas, una en la parte superior de la cabeza, y la otra en la mandíbula inferior, que se van retorciendo más y más, hasta aparecer hácia afuera la parte interna de la piel. El animal libre procura deshacerse de esta camisa rozándose contra las plantas y demás asperezas, y consigue de este modo acelerar la muda; el cautivo se esfuerza en vano para conseguir el mismo objeto, y raras veces se le desprende la piel sin causarla varios rasguños. Segun las observaciones del mismo Lenz, verifican las serpientes europeas generalmente la primera muda de fines de abril á principios de mayo; la segunda un mes más tarde, la tercera entre los últimos días de junio y primeros de julio, y así sucesivamente hasta el mes de setiembre; en cuanto á los géneros y especies propios de otros climas, poco se sabe sobre el particular. Inmediatamente antes de la muda todas las serpientes están quietas, pero tanto más vivaces son despues.

REPRODUCCION.—Pocos días despues de la primera muda de la piel, en la primavera, empieza el apareamiento. Las serpientes manifiestan en dicha época cierto grado de excitación, pero jamás la que exageradamente les han atribuido algunos autores. Parece muy probable que algunas especies se reúnan entonces en grandes sociedades que permanecen juntas durante bastante tiempo: á lo menos se ha observado que ciertas serpientes venenosas se enroscan durante el apareamiento formando un verdadero ovillo, y que permanecen así durante horas enteras. Por lo general, se encuentran el macho y la hembra estrechamente enlazados y descansando en las más variadas posiciones, y muchas veces recibiendo el calor del sol durante varias horas sin hacer el menor movimiento. La unión de ambos sexos es muy íntima á causa del doble pene cónico del macho, que en su parte interior está provisto de duras aristas que se clavan fuertemente en las partes sexuales de la hembra. No se sabe todavía con precisión el tiempo que dura el acto del apareamiento, si bien no cabe duda que exige varias horas. Effeldt dice que encontró una tarde doce víboras entrelazadas formando una especie de bola, y que al día siguiente las vió todavía en el mismo estado. «Cuando las serpientes están unidas de este modo, dice Lenz, se las puede observar á una distancia regular, siempre que se tenga cuidado de no hacer ruido que las espante; pero tan pronto como uno se acerca ó les sacude un golpe, procuran separarse y huir. Sin embargo, esto no es tan fácil, pues en la posición en que se encuentran no pueden reptar; despues de muchos esfuerzos, consiguen desenlazarse, pero como todavía continúan fuertemente unidas por medio del aparato sexual del macho, cada una tira por su lado, hasta que por último, la más débil tiene que seguir á la más fuerte: se comprende fácilmente que la retirada no se puede efectuar con gran rapidez en tales circunstancias. Pegándolas ó pisándolas fuertemente se consigue, por fin, que se separen mediante un esfuerzo extraordinario.»

Unos cuantos meses despues de la cópula pone la hembra en sitios húmedos y templados sus huevos, en número de seis á cuarenta; esto se refiere á aquellas especies que no son ovovivíparas, pues en estas, como ya es sabido, los pequeños rompen la cáscara del huevo en los oviductos de la madre.

En esta operación ni les ayuda la madre, ni hace caso de sus hijuelos.

Estos crecen con extraordinaria lentitud, siendo casi seguro que vayan ganando en tamaño mientras viven, si bien menos rápidamente á medida que van entrando en años. Es probable que alcancen una longevidad extraordinaria.

UTILIDADES Y PERJUICIOS.—La importancia de las serpientes comparada con la del resto del reino animal es tan poca que bien puede decirse que el «equilibrio de la naturaleza» no se interrumpiría aunque no existieran estos reptiles. La utilidad que las serpientes proporcionan al hombre destruyendo las ratas y otros roedores, no compensa en manera alguna los grandes perjuicios que le causan, y muy particularmente las especies venenosas, no pudiéndose tachar de injustificado el odio que en general infunde este orden de reptiles. Honra al hombre la diferencia que establece entre las venenosas y no venenosas, exceptuando á estas de la persecución y exterminio que tiene jurado á las primeras; sin embargo, para distinguir unas de otras, se necesita un conocimiento tan exacto de sus diversos caracteres, que en justicia no se puede aconsejar demasiada moderación al profano, valiéndose más el exterminio de dos ó tres especies inofensivas, que la libre propagación de una sola venenosa. En Alemania donde solo existe una especie venenosa, no es tan difícil establecer esta diferencia; pero en los países meridionales, como el nuestro, donde abundan más las dañinas, hay algunas de estas tan parecidas á primera vista á otras no venenosas, que hasta el más inteligente puede padecer una equivocación, como sucedió á Dumeril, que fué mordido por una víbora, al cogerla descuidadamente, tomándola por un individuo de otra familia, y cuya herida le tuvo á las puertas de la muerte. En las demás partes de nuestro globo ocurre otro tanto; pues á pesar de los mayores conocimientos que vamos alcanzando todos los días, se encuentra el naturalista á cada paso una especie que solo puede clasificarse despues de muy detenido exámen. En resumen se puede decir, que el que mata todas las serpientes que encuentra no causa perjuicio alguno, mientras que el que perdona la vida á una sola venenosa, por equivocarla con otra inofensiva, puede pagar con la suya tan grave error.

OBSERVACIONES GENERALES.—El hombre instruido que comprende que á los ignorantes les pareció siempre de más importancia el mal que el bien, no debe extrañar que desde las épocas más remotas representaran las serpientes un gran papel en las religiones de los pueblos. No solamente la tradición israelita, sino también las de todos los países en general hacen mención de ellas, ya con temor y odio, ó bien con cariño y veneración. Las serpientes se consideraban como símbolos de la rapidez, de la astucia, de la ciencia médica y hasta del tiempo; estos reptiles eran adorados, lo mismo que hoy día, por los pueblos salvajes; ya en la más remota antigüedad, los indios tenían á esos reptiles por símbolo de la sabiduría; otros pueblos veían en ellos la imagen de la falsedad, de la perfidia y de la seducción; y no pocos, como por ejemplo los judíos, venerabanlos cual ídolos, segun lo demuestra el hecho de haber erigido Moisés una serpiente para librar por medio de ella de una plaga al pueblo de Dios.

Los informes de los autores romanos demuestran claramente que este pueblo hacia ofrendas á las serpientes: «Los dioses, dice Valerio Máximo, han dado á la ciudad de Roma muchas veces pruebas de su gracia particular. Una vez la ciudad fué visitada tres años por una epidemia y ni dioses ni hombres pudieron combatir la terrible calamidad; los sacerdotes consultaron por fin los libros sibílinos y hallaron en ellos que el pueblo no podría recobrar su anterior sa-

lud sino llamando al dios Esculapio de Epidauró. Envióse pues una embajada para pedir consuelos y socorro; los epidauró recibieron amistosamente á los romanos, y condujeron á los embajadores al templo de Esculapio, donde el dios mismo demostró por un milagro su gracia divina. Habíase visto á veces cerca de Epidauró una serpiente, cuya presencia atraía cada vez muchas bendiciones sobre la ciudad y la cual era venerada tanto como el mismo Esculapio. Durante la permanencia de los romanos presentóse esta serpiente, moviéndose con lentitud por los sitios más frecuentados de la ciudad y dirigiendo humildes miradas á su alrededor. Esto se repitió tres días, durante los cuales el pueblo miró al reptil con devoción. El deseo de hallar una residencia más digna comunicó á la serpiente cierta vivacidad, y viósele dirigirse hácia la galera romana. La tripulación, sorprendida por el ofidio, se asustó mucho; pero el reptil se encaminó sin grandes cumplimientos á la cámara del emperador Ogulnio y enroscóse allí con la mayor comodidad. Entonces, viendo los enviados con sus propios ojos que tenían al dios en su mano, quisieron saber cómo debían hacerse los debidos honores, dieron las gracias, y muy satisfechos hicieronse á la vela alegremente. Despues de una feliz travesía, la galera abordó al Antio, donde la serpiente, que hasta entonces había permanecido tranquila en todos los puntos de escala, salió al punto y encaminóse á los pórticos del templo de Esculapio. Allí había un mirto con abundante ramaje, pero el reptil subió á una alta palmera, en la cual permaneció tres días, durante los cuales se la ofreció el alimento ordinario. Los embajadores temieron que no volvería á la galera, pero el reptil, abandonando voluntariamente el árbol, dirigióse á la embarcación. Por fin abordaron los enviados á la desembocadura del Tiber y la serpiente marchó á una isla, en la cual se le edificó un templo. Con su llegada, Roma quedó libre de la epidemia.»

Tales creencias se han conservado hasta los últimos siglos, y existen aun hoy día en varios pueblos de Europa, Asia y Africa. Es una superstición bastante general la de que las serpientes son un feliz augurio y atraen bendiciones; los indios y malayos están del todo convencidos de que su muerte ocasiona desgracias. El que mata á un boa, dice Martens, perece pronto, segun la superstición de los indígenas de Amboina, á pesar de que el predicador Valentyn, bastante instruido ya para su época, asegura no haber reconocido por esta causa ningún daño, sino el aumento de ranas en su propia casa en la cual había muerto un pitónido. La superstición supo explicar el hecho satisfactoriamente, pues se dijo que el espíritu de la serpiente no tiene ningún poder sobre los predicadores. Segun Krapf, los gallas consideran á este ofidio como madre del género humano, y le profesan gran veneración.

Cuando Heuglin mató á un pitónido africano en la intermediación de una casa de los negros de la tribu de los dinkas, estos se enojaron mucho, quejándose de que la muerte violenta de su abuelo, que hacia mucho tiempo vivía en paz con ellos, les atraería desgracia. Schweinfurth añade que las serpientes son los únicos animales á que tanto los dinkas como los chilos de las orillas del río Franco dispensan una especie de veneración divina. Los dinkas las llaman sus hermanas y creen que el matarlas es un crimen. Varios indígenas, preguntados por Schweinfurth, dijeron que algunas serpientes son conocidas por el propietario de la casa en que han fijado su residencia y que este las llama con diversos nombres, tratando con ellas como animales domésticos.

En las regiones situadas á orillas del lago Nianza, segun Livingstone, considérase como crimen matar una serpiente